

SELECCIÓN TEXTOS DE PLATÓN (FEDÓN, 74a—83d)

- Por consiguiente, antes de que empezáramos a ver, oír, y percibir todo lo demás, era necesario que hubiéramos obtenido captándolo en algún lugar el conocimiento de qué es lo igual en sí mismo, si es que a este punto íbamos a referir las igualdades aprehendidas por nuestros sentidos.
- Es necesario de acuerdo con lo que está dicho, Sócrates.
- ¿Acaso desde que nacimos veíamos, oíamos, y teníamos los demás sentidos?
- Desde luego que sí.
- ¿Era preciso, entonces, decimos, que tengamos adquirido el conocimiento de lo igual antes que estos?
- Sí.
- Por lo tanto, antes de nacer, según parece, nos es necesario haberlo adquirido.

- Por tanto existían, Simmias, las almas incluso anteriormente, antes de existir en forma humana, aparte de los cuerpos, y tenían entendimiento.

(...)

- ¿Entonces queda nuestro asunto así, Simmias? -dijo él-. Si existen las cosas de que siempre hablamos, lo bello y lo bueno y toda la realidad de esa clase, y a ella referimos todos los datos de nuestros sentidos, y hallamos que es una realidad nuestra subsistente de antes, y estas cosas las imaginamos de acuerdo con ella, es necesario que, así como esas cosas existen, también exista nuestra alma antes de que nosotros estemos en vida.

La entidad misma, de cuyo ser dábamos razón al preguntar y responder. ¿acaso es siempre de igual modo en idéntica condición, o unas veces de una manera y otras de otras? Lo igual en sí, lo bello en sí, lo que cada cosa es en realidad, lo ente, ¿admite alguna vez un cambio y de cualquier tipo? ¿O lo que es siempre cada uno de los mismos entes, que es de aspecto único en sí mismo, se mantiene idéntico y en las mismas condiciones, y nunca en ninguna parte y de ningún modo acepta variación alguna?

- Es necesario - dijo Cebes- que se mantengan idénticos y en las mismas condiciones, Sócrates.
- ¿Qué pasa con la multitud de cosas bellas, como por ejemplo personas o caballos o vestidos o cualquier otro género de cosas semejantes, o cosas iguales, o de todas aquellas que son homónimas con las de antes? ¿Acaso se mantienen idénticas, o, todo lo contrario a aquéllas, ni son iguales a sí mismas, ni unas a otras nunca ni, en una palabra, de ningún modo son idénticas?
- Así son, a su vez - dijo Cebes-, estas cosas: jamás se presentan de igual modo.
- ¿No es cierto que éstas puedes tocarlas y verlas y captarlas con los demás sentidos, mientras que a las que se mantienen idénticas no es posible captarlas jamás con ningún otro medio, sino con el razonamiento de la inteligencia, ya que tales entidades son invisibles y no son objetos de la mirada?
- Por completo dices verdad -contestó.
- Admitiremos entonces, ¿quieres? - dijo-, dos clases de seres, la una visible, la otra invisible.
- Admitámoslo también -contestó.
- ¿Y la invisible se mantiene siempre idéntica, en tanto que la visible jamás se mantiene en la misma forma?
- También esto -dijo- lo admitiremos.

- Vamos adelante. ¿Hay una parte de nosotros -dijo él- que es el cuerpo, y otra el alma?
- Ciertamente - contestó.
- ¿A cuál, entonces, de las dos clases afirmamos que es más afín y familiar el cuerpo?
- Para cualquiera resulta evidente esto: a la de lo visible.
- ¿y qué el alma? ¿Es perceptible por la vista o invisible?
- No es visible al menos para los hombres, Sócrates- contestó.
- Ahora bien, estamos hablando de lo visible y lo no visible para la naturaleza humana. ¿O crees que en referencia a alguna otra?
- A la naturaleza humana.
- ¿Qué afirmamos, pues, acerca del alma? ¿Qué es visible o invisible?
- No es visible.
- ¿Invisible, entonces?
- Sí.
- Por tanto, el alma es más afín que el cuerpo a lo invisible, y éste lo es a lo visible.
- Con toda necesidad, Sócrates.

- ¿No es esto lo que decíamos hace un rato, que el alma cuando utiliza el cuerpo para observar algo, sea por medio de la vista o por medio del oído, o por medio de algún otro sentido, pues en eso consiste lo de por medio del cuerpo: en el observar algo por medio de un sentido, entonces. es arrastrada por el cuerpo hacia las cosas que nunca se presentan idénticas y ella se extravía, se perturba y se marea como si sufriera vértigos, mientras se mantiene en contacto con esas cosas?

-Ciertamente.

- En cambio, siempre que ella las observa por sí misma, entonces se orienta hacia lo puro , lo siempre existente e inmortal, que se mantiene idéntico, y, como si fuera de su misma especie se reúne con ello, en tanto que se halla consigo misma y que le es posible, y se ve libre del extravío en relación con las cosas que se mantienen idénticas y con el mismo aspecto, mientras que está en contacto con éstas.

- Míralo también con el enfoque siguiente: siempre que estén en un mismo organismo alma y cuerpo, al uno le prescribe la naturaleza que sea esclavo y esté sometido, y a la otra mandar y ser dueña. Y según esto, de nuevo, ¿cuál de ellos te parece que es semejante a lo divino y cuál a lo mortal? ¿O no te parece que lo divino es lo que esté naturalmente capacitado para mandar y ejercer de guía, mientras que lo mortal lo está para ser guiado y hacer de siervo?

- Me lo parece, desde luego.

- Entonces, ¿a cuál de los dos se parece el alma?

-Está claro. Sócrates, que el alma a lo divino, y el cuerpo a lo mortal.

- Examina, pues, Cebes - dijo-, si de todo lo dicho se nos deduce esto: que el alma es lo más semejante a lo divino , inmortal, inteligible, uniforme, indisoluble y que está siempre idéntico consigo mismo, mientras que, a su vez, el cuerpo es lo más semejante a lo humano, mortal, multiforme, irracional, soluble y que nunca está idéntico a sí mismo .

- Por lo tanto, el alma, lo invisible, lo que se marcha hacia un lugar distinto y de tal clase, noble, puro, e invisible, hacia el Hades en sentido auténtico, a la compañía de la divinidad buena y sabia, adonde, si dios quiere, muy pronto ha de irse también el alma mía, esta alma nuestra, que es así y lo es por naturaleza , al separarse del cuerpo, ¿al punto se disolverá y quedará destruida, como dice la mayoría de la gente? De ningún modo, queridos Cebes y Simmias. Lo que pasa, de seguro, es lo siguiente: que se separa pura, sin arrastrar nada del cuerpo, cuando ha pasado la vida sin comunicarse con él por su propia voluntad, sino rehuyéndolo y concentrándose en sí misma, ya que se había ejercitado continuamente en ello, lo que no significa otra cosa, sino que estuvo filosofando rectamente y que de su verdad se ejercitaba en estar muerta con soltura.

Conocen, pues, los amantes del saber - dijo- que cuando la filosofía se hace cargo de su alma , está sencillamente encadenada y apresada dentro del cuerpo, y obligada a examinar la realidad a través de éste como a través de una prisión , y no ella por sí misma, sino dando vueltas en una total ignorancia, y advirtiéndole que lo terrible del aprisionamiento es a causa del deseo, de tal modo que el propio encadenado puede ser colaborador de su estar aprisionado. Lo que digo es que entonces reconocen los amantes del saber que, al hacerse cargo la filosofía de su alma, que está en esa condición, la exhorta suavemente e intenta liberarla, mostrándole que el examen a través de los ojos está lleno de engaño, y de engaño también el de los oídos y el de todos los sentidos, persuadiéndola a prescindir de ellos en cuanto no le sean de uso forzoso, aconsejándole que se concentre consigo misma y se recoja , y que no confíe en ninguna otra cosa, sino tan sólo en sí misma, en lo que ella por sí misma capte de lo real como algo que es en sí. Y que lo que observe a través de otras cosas que es distinto en seres distintos, nada juzgue como verdadero. Que lo de tal clase es sensible y visible, y lo que ella sola contempla inteligible e invisible. Así que, como no piensa que deba oponerse a tal liberación, el alma muy en verdad propia de un filósofo se aparta, así, de los placeres y pasiones y pesares y terrores.